

La participación española en los Juegos Olímpicos de Sidney

Álvaro Requeijo Pascua*

TERMINADOS los Juegos Olímpicos de Sidney, y con el regreso de los representantes de la delegación española, la prensa hablada y la escrita, de forma inmisericorde, han calificado de decepcionante la actuación de los deportistas españoles. Los periodistas y comentaristas, tanto los especializados en temas deportivos como los de información general y los contertulios de las innumerables tertulias radiofónicas se ufanan, por un lado, en contar y recontar las medallas que no se han conseguido, minimizando además los méritos de quienes han obtenido el galardón, y por otro en identificar culpables de este presunto fracaso nacional.

El fenómeno informativo es, aparentemente, el reflejo de una sensación/convicción colectiva. Pero si realmente esta convicción existe, en mi opinión, habrá que invitar a todos a reflexionar sobre la finalidad de la partici-

* Abogado. Madrid.

pación en unos Juegos Olímpicos, y sobre el sentido del deporte en general. Para ello podemos contemplar cuál es el ideal olímpico para ver si se conserva el ideal tradicional, y ver qué lecciones deportivas y humanas nos pueden deparar los Juegos. Podemos igualmente reflexionar acerca de si hay que identificar los resultados deportivos de una delegación nacional con los resultados de los miembros de dicha delegación, es decir, si la participación colectiva ha de medirse por la participación individual en los Juegos, o dicho de otro modo, si la finalidad de la participación de las delegaciones nacionales en los Juegos es el triunfo individual de sus componentes o la promoción del deporte para un mejor desarrollo del mismo en la colectividad de la que procede la delegación.

Después de ese recorrido a lo mejor llegamos a la conclusión de que lo decepcionante de la participación en los Juegos de Sidney no son los resultados de la delegación española, sino la obsesión por identificar toda competición con la necesidad de exhibir una posición predominante frente a los demás; o la enorme distancia que existe entre los responsables oficiales de las instituciones deportivas y los deportistas tanto de base como de elite.

El ideal olímpico: ¿Las marcas? ¿Qué marcas?

EL ideal olímpico tradicional exhortaba a los deportistas a participar y nos recordaba a todos que lo importante en el deporte no es ganar, sino, precisamente, participar. El juramento olímpico de los atletas, con el que se inician las competiciones, habla de lealtad y de dedicación honesta a la competición, pero no menciona la victoria como objetivo primordial. Sin embargo, en la actualidad parece que sólo merece la pena participar si es para exhibir después una medalla. Lógicamente esta convicción la tienen quienes no compiten directamente, porque para los participantes el orgullo de su participación es ya una recompensa. En este sentido es de destacar el júbilo del lanzador de peso español, Manuel Martínez, quien al comentar su sexto puesto decía que probablemente para mucha gente este puesto no sería importante, pero, para él, ser el sexto en unos Juegos Olímpicos era todo un éxito. Es importante comprobar que precisamente quien practica un deporte cuya competición conserva todavía, probablemente, un carácter más aficionado (sin hacer de él oficio y sin obtener una remuneración) es quien entiende el espíritu y el sentido tradicional del olimpismo y consecuentemente lo disfruta.

Desde la perspectiva contraria ha habido algún comentarista que ha calificado de fracaso el que la atleta norteamericana Marion Jones no hubiera obtenido cinco medallas de oro, pues sólo (isólo!) había obtenido tres medallas de oro y dos de bronce (recordemos que ha participado en cinco pruebas y ha obtenido medalla en todas).

Sorprende, en mi opinión, cómo el ideal olímpico actual (y el deportivo en general) se centra más en las «marcas» que en la práctica del deporte. Y se centra en las marcas, pero no sólo en las marcas de los deportistas, que al fin y al cabo son uno de los objetivos de la competición, sino, también y especialmente, en las marcas comerciales deportivas, que cada día se van revelando más como las verdaderas protagonistas del gran espectáculo de los Juegos.

Cuando se tiene la oportunidad de recibir las explicaciones de los técnicos deportivos acerca de los avanzados estudios que se realizan para mejorar el rendimiento deportivo, y los avances obtenidos en los sistemas de preparación, se comprueba que, en determinados niveles, la mejora de un determinado registro es una labor hercúlea. Cualquier deportista que consiga entrar en la elite es un ejemplo de dedicación, tesón y sacrificio. Sin embargo con cierta frivolidad se descalifica a todo aquel que no alcanza un triunfo, como si no fuera por sí un triunfo estar donde están.

El indudable componente de espectáculo que tiene el deporte es lógicamente aprovechado por las grandes multinacionales, que protagonizan de forma absorbente todo lo que rodea al deporte. Desde las prendas deportivas, pasando por los patrocinios de los diferentes equipos nacionales y terminando con los complementos que exhiben los deportistas, todo aquello que rodea o complementa el deporte está cubierto por una marca registrada. Me ha resultado particularmente llamativo el gran número de atletas que lucían en la competición gafas de sol (llamativo porque casi siempre las gafas eran de la misma marca y porque el tiempo en alguna de las competiciones no era especialmente soleado), por no mencionar las tradicionales gorras, la exhibición de zapatillas deportivas al finalizar la carrera, etc.

La presencia de las marcas comerciales es no sólo necesaria sino positiva, pues en gran medida son las marcas comerciales (y las televisiones, que luego se financiarán de las marcas a través de la publicidad) las que con financiaciones desorbitadas hacen posible la celebración de los grandes eventos deportivos, no sólo los Juegos Olímpicos. Pero parece que esta intervención financiera en la infraestructura de los Juegos sugiere la necesidad de rentabilizar la inversión y contamina la perspectiva con la que se contempla el desarrollo de las competiciones de modo que se exige de forma inmediata el

máximo beneficio, representado por la exigencia a los deportistas de un nuevo récord, una nueva marca.

La obsesión por las marcas desvirtúa probablemente la valoración de los Juegos Olímpicos. Y, si bien es cierto que las marcas (las deportivas, no las comerciales) son uno de los objetivos de la competición, no es menos cierto que la esencia de los Juegos no es la marca sino el deporte en sí y el afán de superación (*citius, altius, fortius*). No es el resultado sino la participación lo que justifica la competición.

Deporte y espectáculo. Algunos aspectos deportivos de los Juegos Olímpicos

CADA uno de los deportes representa un mundo diferente. Todos presuponen una depurada combinación de técnica y esfuerzo. Los interesados en temas deportivos han podido contemplar cómo han evolucionado los sistemas de preparación, cómo existen laboratorios de preparación física y técnica, donde a partir de análisis puramente físicos se pretende la mejora de la técnica del deportista; cómo existen costosas investigaciones para la aplicación de soluciones bioquímicas y médicas a determinadas necesidades del deporte; cómo se utilizan con mayor frecuencia soportes psicológicos para potenciar el componente emocional del deportista, e incluso cómo se ha explicado la utilidad de determinados tratamientos hipnóticos para obtener una mayor concentración y/o relajación del deportista. La combinación de estos elementos nos ofrece el componente más genuinamente disciplinar que subyace en la práctica del deporte.

La pasión que transmite el deportista en el desarrollo de la competición contagia al espectador, que no sólo contempla el esfuerzo ajeno sino que participa emocionalmente en la competición hasta el punto de celebrar como propia la victoria de su equipo, o la de cualquier deportista que haya protagonizado una gesta memorable. Esta faceta del deporte es lo que permite que su práctica se convierta en un auténtico espectáculo.

Estos dos aspectos, el puramente deportivo, con todo su bagaje de preparación, y el de espectáculo son inseparables en el desarrollo de los Juegos Olímpicos. Y lógicamente también se han dado en los recién terminados Juegos de Sidney, como ocurre en cada edición.

Al valorar los resultados de la edición hay que contemplar también las dos facetas. En lo que a espectáculo se refiere, éste está garantizado como lo demuestra el que los derechos televisivos de cada edición se comercializan

muchos años antes de su realización. Los promotores y patrocinadores intervienen incluso en los diseños de las instalaciones deportivas, buscando la forma de difundir el espectáculo de la forma más vistosa. Los titulares de los derechos televisivos comercializan posteriormente las señales a los diferentes consorcios, generando así la rentabilidad buscada. Este tipo de acontecimientos deportivos puede calificarse sin exceso como uno de los mayores espectáculos del mundo.

Desde el punto de vista deportivo, lógicamente también se producen resultados; por una parte los representados por los diferentes registros en las diferentes pruebas, y por otra los representados por la valoración deportiva global de los Juegos. En este segundo aspecto se han producido determinados resultados que pueden ser destacados.

Así, por ejemplo en Natación, en la piscina del Aquatic Centre de Sidney se ha celebrado el concurso de natación más espectacular de la historia habiéndose batido 14 récords del mundo y 23 plusmarcas olímpicas, produciéndose además el fenómeno de que en diferentes rondas de una misma prueba se ha batido sucesivamente el correspondiente récord. Se ha indicado que tamaño éxito en las pruebas de natación es consecuencia de diferentes factores entre los que se incluye, junto a la mejora de las técnicas de preparación, algunos elementos estructurales como la menor concentración de cloro de la piscina (no sé cuántas pruebas se habrán hecho para confirmar este dato, que parece un tanto fantástico, pero la información fue difundida por la poco sospechosa Agencia Reuter).

En Atletismo se ha destacado el número de sorpresas, dado que si bien algunos de los favoritos han obtenido el resultado esperado, en numerosas ocasiones se ha producido un resultado insospechado. Por ejemplo, la derrota de Hicham El Guerrouj en 1.500, la de Wilson Kipketer en 800 o la de Ato Boldon en 200; por ejemplo, también el que Sergei Bubka no superara el corte para pasar a la final de salto con pértiga; la victoria del griego Konstantinos Kenteris en la carrera de 200, donde era el único atleta de raza blanca que corría la final; o la sorpresa en la maratón, donde un etíope poco conocido, Gezahgne Abera, obtenía la medalla de oro.

En Vela también ha habido sorpresas, que revelan la mejora del nivel de competición aunque sea una noticia no favorable para los competidores españoles. Así, en el deporte en que más éxitos han cosechado los deportistas españoles (desde la medalla de Santiago Amat en 1932) y en el que siempre se han obtenido medallas ininterrumpidamente desde las Olimpiadas de Montreal en 1976, en la presente edición sólo se han obtenido cinco diplomas olímpicos.

En deportes como el Tenis, donde siempre parece más previsible el resultado final, porque compiten jugadores habituales de los circuitos profesionales en abierta contradicción con lo que ocurre en otras disciplinas donde se limita la participación de profesionales, se han producido también importantes sorpresas especialmente en el concurso masculino.

Algunos países han mantenido su protagonismo en determinados deportes, como por ejemplo China en tenis de mesa o Cuba en boxeo. Otros lo han mantenido pero a un nivel muy distinto del existente en ediciones anteriores, como ha ocurrido con el equipo de baloncesto de los EE.UU., que en lo que más ha destacado no ha sido en calidad técnica sino en prepotencia y falta de consideración hacia los contrarios, hasta el punto de conseguir que en la semifinal frente a Lituania (donde sólo consiguió vencer por dos puntos) la inmensa mayoría de los espectadores, dentro y fuera del pabellón, deseara la derrota del autodenominado *dream team*.

En definitiva, así como los resultados del espectáculo (especialmente los económicos) se mueven siempre dentro de lo previsible, los resultados deportivos nos sorprenden cada vez más, bien por la excelencia en el desarrollo de las pruebas bien por lo inusitado de sus protagonistas.

No es mi intención agotar los resultados deportivos, sino todo lo contrario, limitarme a la mención de algunos resultados globales para destacar la importancia de la competición, y la imprevisibilidad de los resultados. No sólo quienes disponen de extraordinarios medios materiales obtienen resultados inmejorables. No sólo quienes forman parte de delegaciones con poder en las organizaciones alcanzan los triunfos. Esa es una de las grandezas del deporte. Los resultados deportivos ponen de manifiesto la importancia de los Juegos Olímpicos y la oportunidad inmejorable que ofrecen a todos los deportistas para desarrollar su capacidad, pero también evidencian la importancia de la solidaridad.

Si contemplamos el deporte como disciplina y como espectáculo, los Juegos han puesto de manifiesto cómo en los países ricos predomina el componente de espectáculo, y cómo los deportistas de los países pobres ven en el deporte de elite una forma de obtener la emancipación de la pobreza. En este sentido es de destacar la importancia que en las pruebas de fondo han obtenido determinados países africanos como, especialmente, Etiopía, donde la aparición de determinadas figuras han convertido las pruebas de fondo en el deporte nacional por excelencia, en el que se entrenan incansablemente numerosos niños y jóvenes con un entusiasmo y unos resultados más que notables.

Aunque es ingenuo hablar de igualdad de oportunidades en la prepara-

ción, a la vista de los diferentes medios de que disponen unos y otros países, es indudable que en el deporte todavía se puede esperar una igualdad de oportunidades en la consecución. Y esta igualdad de oportunidades al final de la carrera constituye un camino de esperanza no sólo de los individuos sino de algunas colectividades.

Algunos aspectos no deportivos de los juegos

JUNTO a los resultados deportivos, las diferentes ediciones nos dejan algunos detalles singulares de naturaleza no deportiva. Esta edición comenzó de forma dolorosa con el fallecimiento, a consecuencia de un accidente en el recinto olímpico, de un corredor africano (cuya novia participante en los juegos obtuvo posteriormente una medalla de bronce), y con el fallecimiento en Barcelona de la marquesa de Samaranch, a las pocas horas de la inauguración de los Juegos. Ambos sucesos revelaron la forma de reaccionar de los dos grandes colectivos del Deporte, los organizadores y los deportistas, cada colectivo con sus propias señas de identidad y sus diferentes maneras de exteriorizar la solidaridad.

En lo que a la delegación española se refiere, hubo un episodio previo a la iniciación de los Juegos que desnaturalizó el carácter deportivo de éstos tiñéndolo de un indeseable color político, y fue el protagonizado por Cuba al prohibir el concurso de Niurka Montalvo y de Iván Pérez, saltadora de longitud y jugador de waterpolo, respectivamente, ambos de origen cubano nacionalizados españoles. Con independencia de las ideologías el componente humano de la prohibición es desolador. Deportistas que vienen desarrollando una práctica con las miras puestas en las competiciones más notorias se ven apeados de la participación por motivos extradeportivos. No es la primera vez que la política contamina los Juegos Olímpicos, pero creo que es la primera vez que el conflicto se plantea de forma singular y con representantes españoles.

Posteriormente se han vivido algunos otros episodios singulares, a medio camino entre lo deportivo y lo circense, como el protagonizado por el nadador guineano Moussambani, que tardó más de un minuto y cincuenta y dos segundos en recorrer los dos largos de la piscina olímpica en la prueba de cien metros libres. Todo el mundo contempló los esfuerzos del nadador por completar la distancia y los esfuerzos de los servicios de salvamento por no lanzarse al agua para librarlo del sufrimiento. La anécdota ha sido la más

destacada de los Juegos: El joven Moussambani ha sido el deportista más entrevistado de Sidney. Ha obtenido inmediatamente un contrato para la promoción de una importante marca de ropa deportiva y hemos visto su sonrisa en todos los noticiarios, explicando cómo era la primera vez que nadaba en una piscina de cincuenta metros. Su compatriota Paula Barila logró un registro en los cincuenta metros libres que casi triplica el récord mundial, lo cual es un resultado notablemente peor que el de Moussambani, pero no ha obtenido tanta notoriedad, probablemente por no ser la primera en llamar la atención. El episodio ha puesto de manifiesto por una parte el compromiso de la Organización por promover la participación de todos los países en el acontecimiento deportivo, lo que confirma la vocación de universalidad de los Juegos, pero por otra ha desvelado la fragilidad de los organizadores, que se han visto sorprendidos por tan insólita participación. Algún desconsiderado apuntaba que todo era una maniobra comercial, y desde luego no se puede negar que probablemente la participación de Guinea en estos Juegos haya obtenido más notoriedad con este episodio por su componente extra-deportivo que el que han podido obtener numerosos países por su concurso estrictamente deportivo.

Otra noticia singular, que recibió incluso un tratamiento monográfico en el dominical de un diario de tirada nacional, fue la relativa al sexo en las Olimpiadas. Se destacaba la impresionante infraestructura existente en el entorno del recinto olímpico y las extraordinarias dimensiones que el negocio de la prostitución alcanzaba en esta edición de los Juegos. La noticia se fue completando posteriormente con algunos aderezos como el escándalo por acoso sexual en la delegación de Paraguay, y el agotamiento de las existencias de preservativos en el recinto Olímpico (por encima de cincuenta y un mil preservativos). Aunque la noticia en sí no pretende aportar más que el dato singular, es reveladora del componente de espectáculo que tienen los Juegos por cuanto se buscan noticias en todos los ámbitos para destacar la notoriedad del evento.

También en el ámbito interno de la delegación española se han producido destacadas polémicas como la sostenida entre la Federación de Atletismo y Reyes Estévez, corredor español de 1.500 excluido del concurso por la propia Federación después de haberle designado representante; y la creada por el nadador canario Frederik Hviid al denunciar el trato de favor que en su opinión recibía de la Federación la nadadora nacionalizada de origen ruso Nina Zhivanevskaya. Estas polémicas revelan un trasfondo extradeportivo extremadamente tenso que no sólo no favorece la imagen del deporte ni su proyección en la juventud, sino que evidencia la enorme distancia que exis-

te entre los responsables de las instituciones y los propios deportistas, por no decir la falta de comunicación entre dichos responsables y los deportistas de base.

Sin embargo, y a pesar de estos incidentes, las crónicas más destacables de los Juegos siempre tienen un trasfondo épico y han sido innumerables las noticias de deportistas que han superado situaciones adversas en lo vital o en lo profesional, convirtiendo su participación en los Juegos en un triunfo de la voluntad y del esfuerzo.

La presunta decepción

LOS diferentes deportes en los que han participado deportistas españoles han proporcionado diferentes resultados. La participación de los deportistas ha sido entusiasta y voluntariosa. La política deportiva olímpica ha venido viviendo de las rentas del programa ADO que tan buenos resultados proporcionó en Barcelona 92, pero frente a los objetivos de medalla marcado por el Comité Olímpico Español (entre 15 y 20 auguró su presidente don Alfredo Goyeneche) se han obtenido tan sólo once medallas. Hay que recordar que gracias al plan ADO se pasó de cuatro medallas en Seúl 88 a 22 medallas en Barcelona 92, lo que provocó una especie de euforia que se suavizó en Atlanta (17 medallas) y ahora pretende calificarse de fracaso.

Pero la imagen del deporte en España no es la imagen de los resultados individuales de la delegación olímpica. La imagen del deporte es la que podemos contemplar a diario en las diferentes competiciones, y no sólo en las de alto nivel. El deporte español ha estado triunfando en los diferentes campeonatos del mundo y europeos de forma notable durante el año 1999 y sólo ha bajado algo en el año Olímpico. Pero estas referencias son únicamente la imagen que proyecta el deporte de alta competición en España. Si el deporte no está implantado de manera que surjan espontáneamente los deportistas, y si el espíritu que preside las competiciones es el puramente comercial, entonces cualesquiera que sean los resultados individuales, la política deportiva habrá fracasado. Si por el contrario el deporte está implantado en la sociedad y se celebra la participación con el mismo empeño que el triunfo, sin perjuicio del entusiasmo que acompaña a la victoria, entonces, aunque los resultados individuales no hayan sido exitosos, la política deportiva habrá triunfado.

Para repasar estos aspectos voy a referirme sólo a dos datos. El primero

se refiere al hockey sobre hierba femenino. Antes del verano saltó en la prensa la noticia de un club de Hockey hierba femenino de Madrid, que había ganado la liga y que probablemente tendría que abandonar la competición al año siguiente por falta de presupuesto. El presupuesto que necesitaban para todas las jugadoras durante todo el año ascendía a la inalcanzable cifra de seis millones de pesetas (no es un error). Cuando todavía estaban calientes las rotativas con las escandalosas cifras de algunos traspasos de jugadores de fútbol, la noticia conmovía por su contraste con otras situaciones de otros deportes. Contaba el cronista que las jugadoras se desplazaban ayudadas por las jugadoras de los equipos rivales, que los padres de alguna de las jugadoras rivales invitaban a comer a las desheredadas para aliviar su presupuesto y otros detalles adicionales tremendamente conmovedores porque reflejaban el auténtico espíritu deportivo. Baste añadir además que cinco de las jugadoras del equipo citado militan en la selección española y ofrecen siempre en los Juegos Olímpicos una imagen ejemplar de esfuerzo y dedicación acompañada en ocasiones por la recompensa de la medalla. El hockey hierba femenino tiene en todo el territorio nacional menos licencias (unas seis mil) que, por poner un ejemplo, alguno de los clubes holandeses que nutren a la selección de su país (alguno de estos clubes supera las sesenta mil licencias), pese a lo cual siempre demuestran un entusiasmo y una dedicación ejemplares en todas las competiciones.

Curiosamente, en España, en los deportes llamados de masas, los deportistas constituyen una elite inalcanzable, mientras en deportes de minorías los deportistas son la personificación del espíritu deportivo y no sólo no obtienen presupuesto sino que a duras penas obtienen reconocimiento. Probablemente los responsables deportivos podrían drenar parte de los recursos generados por algunas prácticas para fomentar el desarrollo de otras prácticas deportivas tan saludables como las más televisivas.

El segundo dato está por venir, pero goza de una inmejorable reputación y es el representado por el deporte llamado paraolímpico. En España la organización y el apoyo a los deportistas con diferentes niveles de deficiencias o minusvalías es indudable. En todas las competiciones se obtienen inmejorables resultados, pero lo más importante es que estos resultados no son fortuitos sino la consecuencia de la dedicación y de la implantación del deporte paraolímpico. La participación colectiva es el reflejo de la implantación y el éxito mayor o menor se celebra pero no condiciona la dedicación.

Resumiendo, para mí, el que se haya calificado de fracaso la participación de la delegación española en los Juegos de Sidney es una sorpresa más de las muchas que nos han deparado estos Juegos tanto en el ámbito depor-

tivo como en el extradeportivo. El fracaso, si lo hubiera, no dependería del número de medallas obtenidas, sino del nivel de implantación del deporte en la sociedad. Si el deporte está implantado en la sociedad, no puede hablarse de fracaso, aunque no se hayan obtenido medallas (otra vez será). Si por el contrario el deporte no está implantado en la sociedad, aunque se hubieran doblado las medallas de Barcelona 92, el fracaso existiría.

El fracaso en el deporte nacional nunca es de los deportistas, lo será de las Federaciones y de los responsables de la política deportiva. Centrar el acierto o desacierto de la política deportiva en los resultados de una competición es obsesionarse por las marcas en perjuicio del deporte. El éxito individual puede ser reflejo del éxito colectivo, pero si no existe apoyo de las instituciones el éxito individual no se transmite al ámbito público, se limita a probar la extraordinaria valía de algunos deportistas individuales que triunfan a pesar del abandono público.

Como decía al principio, a lo mejor en la valoración de los Juegos Olímpicos de Sidney lo decepcionante no son los resultados obtenidos por los representantes de la delegación española, sino la cortedad de miras de quienes valoran dichos resultados.